

**DESDE LO ALTO
SE VE EL MAR**



© Julen Gabiria Lara 2004, del texto original.

Publicado originalmente bajo el título *Han goitik itsasoa ikusten da* por Elkar.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2020.

Bilbao-Galdakao errepidea 10-3

48004 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: noviembre 2020

Traducción: Julen Gabiria Lara

Edición: Eneko Garate Iturralde

Portada: © Zirimiri Press

Adaptación portada y maquetación: Amagoia Rekeru García

ISBN: 978-84-121780-6-7

Depósito legal: BI-1557-2020

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.



Liburu honen itzulpenak Etxepare Euskal Institutuaren dirulaguntza izan du.
La traducción de este libro ha sido subvencionada por el Instituto Vasco Etxepare

Nuestra misión en la vida:
sonreír entre paréntesis para acabar
desapareciendo en silencio,
cada cual a través de su propia grieta.

Harkaitz Cano

PRIMERA PARTE

Nadie se esperaba aquel tiempo. Un día como aquel no se merecía un sol tan radiante. No era más que mayo, pero el ambiente ya empezaba a ser bochornoso.

No existía un termómetro más preciso que el que tenía Martín en el portal de su caserío: un cuco con una larga cuerda atada a la pata. El cordel, de unos cuantos metros de largo, permitía al ave volar hasta el tejado, pudiendo de esa manera llevar una vida relativamente normal para un cuco, si es que puede considerarse normal que alguien tenga un cuco amarrado en el portal como si fuera un perro que avisa de las visitas.

Cuando hacía algo de frío, aunque solo fuera un poco, el pájaro se quedaba en el portal o bajo una teja al lado de la chimenea. Pero aquel día no se estaba quieto: volaba en círculos hasta donde la cuerda se lo permitía, porque el sol pegaba fuerte aunque el día no lo mereciera.

La niebla y las lluvias de los días anteriores habrían sido mejores escenarios para lo que iba a suceder, pero la meteorología no entiende de política, y mucho menos de guerra. La guerra, en cambio, sí: la guerra sabe mucho sobre meteorología. Por eso los Junkers elegían los días soleados para lanzar sus bombas: porque así se vuela mejor y se ve mejor a la población corriendo espantada de un lado para otro. Y no descartemos otra razón: siempre es más doloroso echarse a llorar en días soleados. La gente que llora

prefiere la lluvia. Los perdedores tienden a buscar ese tipo de consuelos, no les quedan muchas más opciones.

Por eso fue un día soleado: porque aquel día no se merecía tanto sol.

Como cada mañana, Martín Alberdi cogió su bicicleta para ir a trabajar. Los caminos seguían completamente embarrados; un ligero sirimiri bastaba para que todos los accesos de los alrededores se pusiesen perdidos. Lo sorprendente era que aquella vieja bicicleta aún fuera capaz de rodar por allí sin hundirse en el fango. Aunque, en realidad, si la intención iba a ser rodar entre barrizales, era mejor utilizar aquel montón de hierros que el modelo más reciente y reluciente de la Werstrack Berial. «Eso sí que sería triste», intentó consolarse Martín, porque, para qué quieres una Werstrack Berial, si luego no puedes meterla en el barro. De todas formas, no merecía la pena dar demasiadas vueltas al tema; al fin y al cabo, a Martín no le quedaba más remedio que conformarse con su bicicleta y seguir desplazándose todos los días por aquellos mismos caminos, hiciera el tiempo que hiciera, si quería seguir llevando algo de comida a casa.

Sin embargo, hubo un día en que las cosas pudieron haber cambiado: el día en que pudo haberse deshecho de su vieja bicicleta. Fue en Durango donde vio aquella maravilla, apoyada contra la pared del bar Urquiola. Una RPF Saint Etienne, nada menos; no una foto de esa bici, ni tampoco alguien que te habla de ella, no: una RPF de verdad, una preciosidad con los racores pintados de verde y rojo, y un sillín Brooks de cuero que daban ganas de oler, tocar y casi hasta de lamer. Tres piñones, plato de 46 dientes, un caño incorporado al cuadro para engrasar la cadena, un portabidones delante del manillar, y unos tubulares Wolber Soissons Renforce que, ellos solos, ya valían más que el sueldo mensual de Martín.

Si no hubiera sufrido aquella parálisis ocasionada por la fascinación, Martín habría dado el cambiazo, dejando la suya, cogiendo la nueva y escapándose al ritmo frenético de los 46 dientes. Pero se quedó literalmente petrificado: demasiado tiempo con la boca abierta, algo incompatible con el acto de robar una bici.

Y en ese momento, en pleno éxtasis, apareció por la esquina un tío montado en un cacharro que no valía ni para regalo. Con cada pedalada que daba, el trasto se lamentaba con unos chirridos tan estridentes que anunciaban su llegada desde al menos medio minuto antes.

Cualquiera con un mínimo de dignidad se habría muerto de vergüenza por ir montado en aquel jamelgo, pero no parece que a su dueño le importara tanto ese detalle, y lo cabalgaba con una fuerza monumental, avanzando a golpe de riñón y tozudez, ridículo pero veloz.

Todo sucedió tan rápido que a Martín no le dio tiempo de cerrar la boca. Y para cuando la cerró, aquel hombre ya se había desmontado de su destartada reliquia, para agarrar como un rayo el manillar de la otra bici, deslumbrante, objeto de deseo de todos los que la estaban contemplando. No fue más que un segundo, pero en ese brevísimo abrir y cerrar de ojos, el tío ya se había encajado sobre el cuadro de la RPE, los pies apoyados en los pedales pero todavía sin llegar a sentarse en el sillín. Apoyó el peso de todo su cuerpo sobre la pierna derecha, le dio continuidad luego con la izquierda, y para la tercera zancada ya había desaparecido del lugar; la vieja bicicleta, la abandonada, ni había caído al suelo aún, pero el caco ya no estaba allí. Así de rápido fue todo; da más trabajo leerlo que observarlo.

«¡Al ladrón!», gritó alguien, y un joven salió del bar, un muchacho desgarbado con pantalones cortos y un elástico a colores, sosteniendo un chiquito de tinto en la mano. Martín todavía no había reconocido a aquel veinteañero, ni se había fijado en su prominente nariz y en sus grandes orejas, hasta que un niño empezó a dar voces, gesticulando con los brazos y dirigiéndose a aquel joven al que todos miraban: «¡Por allí ha ido, Fede, por allí!».

El muchacho dejó el vaso en el suelo y se dirigió de prisa al borde de la acera, donde yacía el viejo montón de hierros que aquel golfo había tirado; lo levantó, se montó en él, dio unas cuantas pedaladas herrumbrosas y se perdió por las calles de Durango entre los aplausos y los gritos de la gente, «¡dale, dale, Fede!», «¡venga, que eres el amo!». Aquel trasto parecía que iba a descacharrarse cada

vez que el joven daba una pedalada, pero ni en sus mejores días conoció aquella bicicleta una velocidad parecida, y Martín se vio obligado a preguntar quién era aquel Fede: «¿quién es ese?», preguntó al primero que encontró a su lado, un niño pecoso de unos diez años, y el chico se le quedó mirando con cara extrañada, pues solo así se podía mirar a todo aquel que no supiera quién era Federico Ezquerria.

«Federico Ezquerria», le contestó el chaval, entre desconcertado y hostil. Martín abrió mucho los ojos: después de haber oído tantas hazañas protagonizadas por Ezquerria, al fin tenía delante a aquel héroe, al ciclista que aparecía en los periódicos, que se reproducía de boca en boca y que en cada nuevo comentario se iba agigantando más y más, que ya se había hartado de ganar carreras locales y ahora también vencía con autoridad en Cataluña, Galicia, Valencia, en escapadas solitarias e insólitas, en narraciones que la gente improvisaba mientras los dueños de los bares anotaban las clasificaciones con tiza en los encerados.

Y un cuarto de hora más tarde, con aún más gente arremolinada alrededor del bar Urquiola, Fede Ezquerria volvía al lugar donde había comenzado todo, montado orgulloso sobre su RPF. Llegó sudando, la mano derecha hinchada (en este punto, las narraciones que llegaban de boca de supuestos testigos que habían presenciado la escena de la captura iban haciéndose cada vez más épicas: alguien habló sobre el puñetazo que Ezquerria propinó al ladrón, y después alguien más añadió que, al recibir aquel golpe, la cara del tío giró violentamente y saltaron gotas de sudor por el carrerón que se había metido, y también de saliva por la precisión con la que Ezquerria enganchó la mandíbula del espabilado) y con una cara de trueno que daba miedo. Pero la gente, como no podía ser menos, lo recibió con una ovación, y aquel ciclista larguirucho esbozó una sonrisa y levantó el brazo al aire a modo de gratitud. Solo faltaban una azafata, un ramo de flores, la banda de música y el alcalde de algún pueblecito francés colocándole una franja de tela sobre el torso.

Seguramente porque Martín era el que en ese momento más cerca estaba del bar, Ezquerria se le acercó y, poniendo la RPF en

sus manos, le pidió: «me la cuidas». Después, como si no hubiera sucedido nada, el ciclista recogió el vaso del suelo y volvió a entrar al bar para rematar lo que había dejado a medias.

Y allí se quedó Martín, cuidando aquella joya durante un rato. Los críos se le acercaban como seres de siete brazos, deseando toquetear los radios finos e interminables, o intentando posar sus narices sobre el cuero del sillín, y Martín los ahuyentaba, poniendo al menos un metro de distancia entre aquella multitud de manos agitadas y la bicicleta. Y no conforme con cuidarla, se sacó un pañuelo del bolsillo y se puso a limpiar una mancha de barro que había debajo del cuadro, totalmente abstraído de las docenas de ojos que lo rodeaban.

Cuando Fede salió del bar, nuevamente jaleado por los gritos del gentío, se dirigió hacia Martín. Tras repasar la bicicleta con la mirada, hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Después pegó una palmadita en la espalda a Martín, sacó un par de monedas del bolsillo y se las puso en la mano: «para que te tomes un chiquito».

En medio de un estruendo cada vez mayor, el corredor agarró su bicicleta y se encaminó hacia la carretera principal, pedalando pausadamente al principio y con más brío después. Martín se quedó clavado, mirando más a las monedas que tenía en la mano que al propio Ezquerria. Un mocoso se le acercó y se las pidió insolente. Martín solo acertó a mover la cabeza de izquierda a derecha, una y otra vez, sin poder apartar la mirada de aquellas monedas. Se las había dado nada menos que Federico Ezquerria. Y él, como hombre hecho y derecho que era, no se tomó un chiquito: se las guardó en el monedero y volvió a casa montado en su vieja bicicleta, aquella de la que no llegó a deshacerse un rato antes.

Algunas horas más tarde, ya en el caserío, cogió un bote de cristal, soltó la lagartija que había dentro, y guardó las monedas allí. Román, que por aquel entonces tenía once años, no entendió el cambio: no le gustó que las monedas se movieran tan poco y que no se empeñaran en buscar la salida, como hacía la lagartija. Las explicaciones de su padre fueron en vano, aunque le repitió de todas las maneras posibles que aquellas monedas eran históricas, que se las dio en mano el mismísimo Federico Ezquerria, y que

valían algo más, bastante más, infinitamente más que una lagartija que atraparon cuando el bicho tomaba el sol desprevenido sobre un pedrusco. Fue inútil: Román no lo comprendía y ya está. Hay cosas que son simplemente incomprensibles, y por tanto imposibles de razonar y de explicar.

—¿Y para qué necesitamos unas monedas metidas ahí? —le preguntó Román.

—Hombre, el tema no es si las necesitamos o no. Lo que tienen de especial es que me las ha dado un corredor famoso... —lo intentó Martín una vez más.

Román se quedó callado por un momento:

—¿Y quién se las ha dado a él?

Martín Alberdi no pudo responder a esa pregunta. De repente se le pasó por la cabeza que a Ezquerria se las habría dado el tabernero del bar Urquiola, y a aquel, por su parte, cualquiera que hubiera pasado por allí, quién sabe, algún tratante de ganado de la comarca, un borrachuzo de medio pelo, el chico de los recados o el afilador al devolverle los cambios. Resumiendo: que aquellas monedas valían menos que una mierda.

—A él no se las ha dado nadie —se sacó de la manga Martín, pero estaba claro que la respuesta no iba a satisfacer a nadie.

Tampoco es que fuera una tragedia de magnitud planetaria, pero fue entonces cuando Martín, aquel hombre hecho y derecho, se dio cuenta verdaderamente de la tontería que había cometido. Pero para entonces la lagartija estaba demasiado lejos, como mínimo en Amorebieta. Y fue también aquel mismo día cuando Román empezó a odiar a su padre. De acuerdo, no era una tragedia de magnitud planetaria, eran solo una lagartija y un par de monedas sobadas, pero qué más hace falta para que surja un bache que irá convirtiéndose en socavón, luego en hoyo y después en sima, de esas que lanzas un guijarro y no se oye cuándo golpea el fondo.

Aquel 1933, Ezquerria ganó multitud de carreras, una tras otra, insaciable. Cada vez que Martín se enteraba de aquellos triunfos, volvía a casa y recordaba orgulloso la anécdota mil veces contada de Durango, siempre con las mismas palabras y con la misma satisfacción, una satisfacción que ya nadie se creía pero que había

que volver a revivir para así poder justificar la escena que vendría después: cogía el tarro de cristal con las dos monedas dentro, y lo sacudía con fuerza. Aquel repiqueteo despertaba la rabia de Román, siempre latente y que, lejos de apagarse, crecía a cada triunfo del ciclista.

Si al menos Federico Ezquerro hubiera fallado en alguna carrera, si hubiera pasado una semana sin ganar nada, si algún tipo de sequía le hubiera carcomido las piernas, si se le hubiera cruzado un perro en medio de la carretera para no haber levantado los brazos al menos en la más miserable de las carreras. Pero Federico Ezquerro lo ganaba todo, y siempre sonaba el desesperante tintineo de las monedas en el bote de cristal, siempre el mismo sonido, y quién sabe dónde estaría ya la lagartija, ponte ahora a buscarla.

Las lagartijas son rápidas, el rencor se mueve despacio. Las lagartijas tienen sangre fría, el rencor arde. La esperanza de vida de las lagartijas dura lo que dura. El rencor dura más de lo que duran sus razones.

Un día de 1935, padre e hijo fueron a ver una etapa de la Vuelta al País Vasco al alto de Bidania.

—Hoy sabrás quién es Fede Ezquerro —le dijo Martín a su hijo.

Lo dijo sin ninguna mala intención, sin llegar a imaginarse que aquello podría acentuar la furia del chaval. Él simplemente estaba empeñado en lo suyo: creía que algún día Román llegaría a admirar a Ezquerro, y que después veneraría aquellas monedas, y así, poco a poco y de rebote, volvería a ver con otros ojos a su padre. Y se empeñaba en seguir intentándolo de esa forma: agitaba el bote, hablaba sobre Ezquerro cada vez que podía, y por fin consiguió llevarse a su hijo a ver una gran carrera a Bidania, lugar que no estaba precisamente cerca de casa. Lo de las monedas era una verdadera estupidez, y lo sabía Martín y lo sabía Román, instalado cada uno en su propio enroque y haciendo que aquel resentimiento avanzara por pura inercia, ya casi sin poder recordar con nitidez por qué nació, y sin embargo siguiendo adelante con ello, llevándolo a hombros simplemente porque estaba allí, en sus hombros. Y los dos sabían, cómo no iban a saberlo, que el mundo no se acabaría por una puta lagartija, que aquel problema no constituía ni medio